

LIBROS

Puerto Rico en su literatura

A pesar de que la isla de Puerto Rico se llame «Estado Libre Asociado» y no «Colonia» de los Estados Unidos de Norteamérica, sobre todo puertorriqueño consciente pesa un gran problema: el saberse una cultura con personalidad propia que, por razones sociopolíticas y económicas, no puede desarrollarse plenamente. Más aún: el sentir la amenaza de la posible desaparición de sus costumbres, de su lengua, de su propia personalidad como pueblo.

Los escritores lanzaron ya, desde hace mucho tiempo, sus voces de alarma, haciendo, poco a poco, una lucha callada y continua. Es lamentable que sus voces se hayan escuchado tan poco en algunos países que debían escucharlas: España y algunos pueblos de Latinoamérica. Es tristísimo que el decir escrito de una serie de buenos escritores haya caído con gran frecuencia en el vacío. La isla de Puerto Rico no sólo está rodeada de mar por todas partes; está también rodeada de silencio: en general, poco se sabe fuera de la labor que los escritores hacen dentro. El mundo intelectual de España sabe algo de algunas excelentes revistas: *Asomante* —hoy *Sin nombre*— o *La Torre*. Sabe poco de una serie de escritores de primera línea: unos cuantos narradores jóvenes —por ejemplo— o de un poeta que ya en la década del 20, antes que el gran cubano Nicolás Guillén publicase su poesía negra, elevó el tema de la «negritud» a gran poesía: me refiero a Luis Palés Matos. Pienso en otros nombres: una mujer poco conocida, que es una de las mejores poetas de América: Julia de Burgos... Pienso en otros. Pero me concretaré a hacer referen-

cia a la obra de un grupo de narradores: son los nacidos —año más o menos— en la década del 20, y que comenzaron a dar obra en la segunda mitad de la del 40 o primera del 50. Se les ha llamado la «generación del 40», o, con mayor exactitud, la investigadora y crítica de la literatura hispanoamericana. Concha Meléndez les denominó «el grupo de *Asomante*», ya que casi todos comenzaron publicando su obra en esa revista, entre 1945 y 1955.

Son varios los nombres de cuentistas que podría recordar aquí. Hacia la mitad de la década del 40, un jovencísimo escritor publicó dos libros: José Luis González. Si en el primero hay

narraciones, *Spiks*, y, posteriormente, de novelas largas. Tanto en *Spiks* como en sus novelas, da testimonio de la vida del puertorriqueño en Nueva York, experiencia que ha sufrido en su propia carne. Me estoy refiriendo sólo a una promoción; no hablo, pues, de lo inmediatamente anterior ni de los narradores que surgieron después. Pienso, además, en otros nombres; he hablado, sin embargo, de los que mejor conozco, que no son los únicos. Me he referido principalmente al relato corto, porque es el género que han cultivado más frecuentemente. René Marqués y Pedro Juan Soto —ya lo señalé— son también autores de novelas largas.



La isla de Puerto Rico no sólo está rodeada de mar por todas partes, sino también por el silencio.

ecos diversos, en el segundo ya afirma su gran personalidad, mezcla de crudeza y gran poesía; callado durante muchos años, exiliado en México por razones políticas, su nombre reapareció hace poco en las páginas de «El Urogallo». René Marqués, algo mayor, es quizá el más conocido en España. Es dramaturgo, ensayista, novelista y autor de excelentes narraciones cortas. Sus libros, *Otro día nuestro* y *En una ciudad llamada San Juan*, contienen relatos de indiscutible calidad. Abelardo Díaz Alfaro, que con frecuencia se fue hacia un tipismo un tanto convencional, escribió algunas narraciones notables: *Los perros* y *Josco*, especialmente. Más tarde surgieron otros. Edwin Figueroa, que publicó poco, aunque arrancó muy bien. Pedro Juan Soto, autor de un excepcional libro de

Como lo es otro escritor que aún no mencioné: César Andrés Iglesias, que en su obra *Los derrotados* intentó recoger y analizar un momento de la realidad política viva.

Emilio Díaz Valcárcel, que acaba de publicar en España su novela *Figuraciones en el mes de marzo* (1), pertenece a los más jóvenes del grupo de *Asomante*. Ha publicado varios libros de narraciones cortas: *El asedio* (1958), *Proceso en diciembre* (1963), *El hombre que trabajó en lunes* (1966), *Napalm* y *Panorama* (1971). Había ensayado antes la novela larga. Recuerdo haber visto una hace alrededor de diez años: con un sentido autocrítico digno de elogio, la novela, que era buena, no llegó a publicarse; la que publica ahora revela la presencia de un escritor, cuya

(1) Editorial Seix Barral, 1972.

existencia no podemos ignorar.

A través de *Figuraciones en el mes de marzo*, Díaz Valcárcel intenta darnos una visión de la confusión del hombre puertorriqueño y de los problemas psicológicos que se derivan de su condición de no saber qué es ser puertorriqueño; intenta, asimismo, reflejar los problemas que hoy, en la década del 70, están vivos en Puerto Rico. El servicio obligatorio en el Ejército norteamericano, las actitudes diversas del puertorriqueño en Vietnam, la alienación de su pueblo, el problema de la lengua y muchos otros, son, en realidad, el tema de *Figuraciones en el mes de marzo*. No se piense, sin embargo, que se trata de una novela realista en el sentido estrecho del término. El autor nos presenta la realidad del puertorriqueño medio y la reacción de un aspirante a escritor que tiene que alejarse de su país porque no puede soportar esa realidad, pero lo hace en una forma que, puestos a poner etiquetas, mejor podríamos clasificar de «surrealista» que de «realista»: de hecho, hay momentos en que pensamos en el surrealismo pictórico o en las recomendaciones de André Breton a los escritores. La técnica del «collage», el humor grotesco, el irónico tratamiento del mundo de los objetos técnicos, los juegos de lenguaje —que van desde la caricatura de diversos tipos sociales puertorriqueños y diversos regionalismos españoles hasta la creación de palabras—, sitúan a la novela dentro de un plano de enorme actualidad.

Se podrían señalar muchos hallazgos en *Figuraciones en el mes de marzo*: para mí, acaso el más importante es que la técnica en ella empleada y lo que el autor quiere transmitir se hacen una misma cosa. A través de una novela donde no pasa nada, cartas, anuncios, recibos, trozos de la guía telefónica... se mezclan, se confunden, se agolpan en un desorden —bien organizado, claro está— revelador de un mundo confuso, amalgamado, lleno de seres y objetos sin sentido. Es el mundo puertorriqueño, pero es, igualmente, un fragmento de la sociedad industrial y alienada de cualquier lugar del planeta. Por ello, recogiendo lo típicamente puertorriqueño, la novela alcanza a

cualquier lector de hoy, aunque nada sepa de Puerto Rico.

Figuraciones en el mes de marzo, finalista del Premio Biblioteca Breve, está hoy en todos los escaparates de las librerías; otros críticos han hablado ya del libro extensamente. Estas notas más no son, pues, ningún descubrimiento. A través de ellas he querido hablar no sólo de la novela de Díaz Valcárcel, sino, además, recordar al lector español interesado en la literatura de Latinoamérica, la existencia de una importante obra literaria que un crecido grupo de escritores hicieron y siguen haciendo en un pequeño lugar del mundo que habla y escribe en lengua española: Puerto Rico. ■ AURORA DE ALBORNOZ.

Un cangrejo memorioso

«Cuando uno se orina en la cama, primero está tibia y luego se pone fría. Su madre colocaba el hule. Eso tenía un olor extraño.

«Su madre olía mejor que su padre. Ella tocaba al piano una jiga de marineros para que bailara.

JAMES JOYCE
(«Retrato del artista adolescente»)

Cuando uno decide despedirse por escrito de la niñez y de aquellas de sus hinchas que quedaron entreveradas en la juventud, el gesto, probablemente, se torna agrio; en parte, porque el ademán jamás es total; en parte, porque hay cosas cuyo recuerdo hace de la despedida un rito y de la recurrencia un cosmos, cuya irrealdad no le resta un ápice de su densa naturaleza. A Enrique Cavestany, al escribir *Cangrejo en altamar* (publicada a sus expensas), el gesto le ha salido ligeramente sardónico, produciendo una obra de enormísimo humor.

Escrito de una manera bastante desenuelva y sin mayores preocupaciones que las catárticas, *Cangrejo en altamar* consigue, de entrada, el primero de sus objetivos: la complicidad con el lector, que percibe de inmediato la cercanía de sus propios recuerdos con los de Cavestany. Por otro lado, tener veintiocho años (los del

autor) es un dato que ya denota, por sí solo, el haber sufrido una infancia bastante surrealista y una adolescencia en la que la propia fisiología propició sorpresas bastante estruendosas.

El libro se inicia según una fórmula que goza de una cierta tradición literaria. Atendiendo al servicio que requieren sus movimientos intestinales, el autor permite que su pasado infantil se le pasee según las imágenes de unos seres que, al parecer, dejaron constancia de sus inquietudes en unos ajados manuscritos. Se tiene así noticia y testimonio de los primeros escarceos eróticos, debidos más a curiosidad que a otra cosa, y de sus conclusiones, primerizas y algo desalentadoras; los ejercicios espirituales, la confirmación, las vacaciones en Zarauz (cosa que estaba muy bien vista), las primeras fascinaciones y el primer imperio de los mitos... Tales son las líneas maestras de la memoria de Cavestany en su propia persecución. Pero los matices con que el autor carga o descarga las tintas resultan reveladores, en principio, de un gran sentido del humor (de un humor que casi resulta «splin»), y en segundo lugar, de un talento que le puede animar a otros empeños literarios. Un libro como *Cangrejo en altamar* requiere de una cierta sutura, bastante cultura (aquello que proporciona sentido de las cosas y de la medida) y dotes, requisitos cuya superación queda de manifiesto en esta entrega que, por estar, está hasta bien titulada. ■ EDUARDO CHAMORRO.

Otaola, un desconocido en el exilio

Simón Otaola —o mejor aún: Otaola a secas, como acostumbra a firmar— es un escritor casi absolutamente desconocido. Eugenio G. de Nora omite citarlo en su obra *La novela española contemporánea*. Y José R. Marra-López, autor del más completo estudio sobre nuestra novelística en el exilio (*Narrativa española fuera de España, 1939-1961*), se limita a reproducir con cierta profusión fragmentos de *La librería de Arana*, libro autobiográfico de Otaola, por el que desfilan las

imágenes entrañables de tantos y tantos escritores españoles que viven o vivieron la tragedia del destierro: León Felipe, Manuel Andújar, Adolfo Sánchez Vázquez, Max Aub, José Moreno Villa, José Ramón Arana, el propio Otaola...

Ahora, precedida por un prólogo de Marra-López, acaba de aparecer, con casi veinte años de retraso, la novela *Los tordos en el pirlul* (1). Otaola, nacido en Guipúzcoa en 1907 y residente en Madrid hasta el término de la guerra civil, ha abandonado en esta ocasión el tema literario del exilio —tema que recobrará diez años más tarde en *El cortejo* (México, 1963), una de las más admirables muestras de la narrativa española contemporánea— y se ha dedicado a ofrecernos la crónica, entre lírica y humorística, de un insignificante pueblecito mexicano: San Felipe Torresmochas.

«¿Radical cambio de dirección? —se pregunta Marra-López en el prólogo—. Lo parece, pero no lo es. Simplemente, el escritor transterrado, después de narrar con fidelidad sus Memorias sobre él y los otros como él, dirige su mirada alrededor y queda prendado de lo que ve». Esta facultad de asimilar las formas y el contenido del mundo exterior proviene —según Marra-López— «de una peculiar actitud del escritor español», tesis, a mi entender, más que discutible, pues lo que ha caracterizado precisamente al escritor español en el exilio ha sido su incapacidad para integrarse en otros esquemas sociales y culturales. El caso de Max Aub, literato cosmopolita hasta la médula, constituiría una rara excepción (recuérdese, a título de ejemplo, el prodigioso mimetismo lingüístico de que hacía gala en *El zoplote y otros cuentos mexicanos*). Otaola, aunque se dedica en esta ocasión a describir la vida y las costumbres de un pueblo mexicano, lo hace desde una perspectiva ajena a las raíces vitales del objeto descrito y, sobre todo —y en esto coincide con Marra-López—, mediante el empleo de unos procedimientos estilísticos que recuerdan vivamente la pro-

sa de aquel gran acróbata de las letras llamado Ramón Gómez de la Serna.

No cabe duda de que *Los tordos en el pirlul* es, pese a su importancia objetiva para el lector español de nuestros días, una obra de tono menor en el conjunto creador de Otaola. Por razones más o menos obvias, ni *La librería de Arana* ni *El cortejo* han gozado de una difusión regular en nuestro país. En tal caso, la lectura de *Los tordos en el pirlul* puede servirnos por lo menos para ponernos en contacto con un escritor arrinconado en los olvidos del exilio. ■ S. R. SAN-TERBAS.

Borges, el poeta

«Creo que no soy más que eso —ha afirmado alguna vez Jorge Luis Borges—. Un poeta torpe, pero un poeta, espero». Deslumbrado por la perfección, la inteligencia y la sutileza de una prosa sin posible parangón en la actual literatura hispanoamericana, el lector común ha olvidado al poeta Borges. Para ese lector de buena fe, Borges es, ante todo, el autor de *El Aleph*, de la *Historia universal de la in-*

famla y de *Ficciones*. Y, si por casualidad, se ha topado con los versos del *Cuadernos San Martín* o del *Elogio de la sombra*, no ha podido quizá evitar un ramalazo de decepción ante unos poemas aparentemente simples, formalmente austeros, casi pobres, desvinculados por completo de la verborrea musical de un Neruda o de los extraordinarios juegos idiomáticos de un Oliviero Girondo. La poesía de Jorge Luis Borges es —según José Olivio Jiménez— «una poesía del nombrar, cada vez más escueto, más despojado y auténtico. De ahí el inevitable apoyo en un lenguaje hablado, donde la sencillez deviene ya austeridad y pobreza, sostenido en unas pocas pero permanentes metáforas».

El joven escritor y crítico argentino Marcos Ricardo Barnatán ha publicado recientemente, en una nueva colección de monografías dedicadas al estudio de célebres poetas, un breve pero documentado e inteligente ensayo sobre Jorge Luis Borges (1). Marcos Ricardo Barnatán, nacido en Buenos Aires en 1946, descendiente

(1) Marcos Ricardo Barnatán: *Jorge Luis Borges*. Ediciones Júcar. Colección Los Poetas. Madrid, 1972.

de una familia judía de origen hispano-sirio, licenciado en Filosofía y Letras y residente en Madrid desde hace siete años, es autor de tres libros de poemas —*Acerca de los viajes*, *Los pasos perdidos* y *El libro del Talismán*—, de una *Antología de la «Beat Generation»* y de la novela *El laberinto de Slón*.

Su libro sobre Jorge Luis Borges rebasa, por así decirlo, el mero carácter analítico y se muestra como un inevitable manual de devoción borgeana. Ya se ha dicho en más de una ocasión que es difícil mantener ante Borges una posición neutral. A Borges se le admira o se le repudia, o —lo que es aún más significativo— se le admira y repudia al mismo tiempo. Hay quienes consideran que Borges es tan excelente escritor como vituperable «zoos politikon»; el hecho de que en cierta ocasión dedicara un poema a la Revolución rusa y de que más tarde fuese víctima del peronismo, no obsta para tener en cuenta que, por encima de todo, Borges ha sido un «monstruo de su laberinto», un intelectual replegado sobre sí mismo, un secuz de sus propias mitologías. No hay intención peyorativa en estos juicios, aunque pueda parecer lo contrario. Los caminos de Borges son diferentes a los de la mayoría de los poetas; la expresión, en Borges, se llama «cultura»: «Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído».

Cuando el libro sea para todos los hombres tan necesario como el pan, el aire o el agua, ese día será Jorge Luis Borges un poeta universal. ■ S. R. S.

Biografías obreras (1868-1921)

Entre 1927 y 1929 publicó el viejo escritor socialista Juan José Morato, en el diario madrileño *La Libertad*, una larga serie de biografías de dirigentes proletarios bajo el epígrafe común de «Los redentores del obrero». Escritas con finalidad didáctica y con el habitual tono moralizador de las producciones suscritas por los seguidores de Pablo Iglesias, las biografías mezclaban datos ya conocidos de los clásicos del movimiento



Jorge Luis Borges.

(1) Otaola: «Los tordos en el pirlul». Prólogo de José R. Marra-López. Editorial Andorra, S. L. Barcelona, 1972.